

UN FOLLETIN es por naturaleza una narración llena de incidentes. La velocidad es una de sus claves. Desplazamientos en la acción, en los escenarios, multiplicación de episodios y personajes, constituyen elementos inevitables en una literatura que persigue la variedad y la atracción a toda costa, que busca ante todo mantener al lector en suspenso, interesado en la continuación de la historia. En suma: el folletín supone un esquema retórico que debe asumir básicamente, con las variantes creadoras que el talento le permita, quien intente prolongar tan inefable género. Pero también debe asumir tal esquema retórico quien pretenda parodiar el folletín, y así lo entendió el argentino Manuel Puig al escribir su novela **Boquitas Pintadas**, un notable experimento literario publicado con gran éxito en Buenos Aires el año pasado.

EN CAMBIO nuestro Alfonso Alcalde no lo entendió así al componer su relato **Puertas Adentro**, publicado en Uruguay, también en 1969. Es verdad que su experimento narrativo implica asumir el esquema externo porque los capítulos se denominan "entregas", de acuerdo con la tradición del folletín por cuadernillos, y porque la intriga reitera algunos consabidos tópicos de la literatura folletinesca: la mujer humilde, empleada doméstica para más señas, perseguida por la fatalidad y la injusticia; los personajes honorables (la señora, el señor, algún pariente) que en definitiva no son honorables, sino víctimas de torpes y escondidas pasiones; y circunstancias que se encadenan implacablemente para desdicha de la humilde protagonista. Pero todo ello sirve de apoyo a otro experimento que marcha en distinta dirección y que no consigue integrarse al primero en una totalidad eficiente, novedosa, ni siquiera entretenida.

La novela avanza con lentitud, no porque falten peripecias aludidas, sino porque éstas mueven el juego hacia los lados, no hacia adelante. No hay diálogos entre los personajes. O mejor: diálogos, peripecias, reflexiones, comentarios o descripciones, todo es una sola cosa, un largo monólogo del autor fragmentado en capítulos que denomina entregas. Falta distancia entre el narrador y su relato. Una prosa desmesurada, densa, a borbotones, una marea de objetos, seres e incidencias emerge en embriaguez verbal incontenible desde la exuberancia interior de Alfonso Alcalde. El esquema folletinesco resulta al final un pretexto para un ejercicio de lenguaje y de técnicas narrativas.

EL MONOLOGO de **Puertas Adentro** implica por momentos el cruce de planos y perspectivas que se advierte en las novelas de Vargas Llosa. Alcalde conoce la sintaxis de la nueva narrativa latinoamericana. Pero también asoman en su prosa la torrencial sensualidad de un Lezama Lima y el tremendismo coloquial y popularista de Pablo de Rokha, y además un cierto humor rotundo, grueso, como en este pasaje en que Auristela, la criada, sale en busca del amor apenas llega su primer día libre, y lo encuentra:

"Al pasarse jugo de limón por las manos borró el olor a ajo y orégano, en su primer día con la caldera ardiendo, echando chispas, raspando el suelo, acumulando presión por todas partes y va aleteando con la cola levantada, comiendo pasto, buscando un poste que derribar, soñando con una cama de cientos de resortes que al primer golpe la elevara como un volanín... "y por el sexo del carabinero brotaba un incendio de lechería por donde escapan las vacas piando, mugiendo, bramando, y el uniformado siempre de pie en la colina más alta del mundo, antes que la abriera en dos como Moisés parado en la sabiduría de sus testículos..." (67, 70).

EN ESTA MEZCLA y en este juego Alfonso Alcalde no parece comprometer nada importante ni profundo. Su prosa deja una sensación de gratuidad, de gimnasia literaria que se complace en sí misma. Como visión de realidad, el libro es un confuso agregado de experiencias sin jerarquizar. Como creación literaria, algunas páginas aisladas tienen interés, novedad, cierta gracia, pero el ejercicio no alcanza a sostener la atención del lector hasta el final. El lenguaje de Alcalde, a fuerza de querer ser antirretórico, termina negándose a sí mismo, se entrapa, se emborracha, acaba por fastidiar con su propia retórica. El relato comienza con buenos augurios pero a poco andar se torna farragoso, monocorde, cansador, francamente insufrible. Mejor es leerlo a saltos.

El experimento de **Puertas Adentro**, entonces, queda reducido a una parodia formal y externa del folletín, u... parodia superficial que en definitiva tampoco logra justificarse ni cobrar real importancia desde la interioridad del relato.